

LA FAMILIA

PERIÓDICO QUINCENAL ILUSTRADO, DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES, MODAS Y CONOCIMIENTOS ÚTILES

PUBLICADO BAJO LA DIRECCIÓN DE LA SEÑORA CELESTE J. DE CRUZ-COKE

AÑO I

SANTIAGO DE CHILE, 1.º DE NOVIEMBRE DE 1890

NÚM. 6



UNA SESIÓN DE LA COMISIÓN CONSERVADORA.

SUMARIO.—NUESTROS GRABADOS.—CARTA PARISIENSE, por *Ambrosina C.*—EL CARDO Y LA ROSA, por *Belisario Guzmán Campos.*—HISTORIA NATURAL: El árbol de la goma, por *Fulbert Dumonteil.*—CARTAS JAPONESAS (carta sexta), por *El Conde Tchi.*—CANTARES, poesía inédita de *M. Reinante Hidalgo.*—PROCEDIMIENTOS ÚTILES, por *Damián Torrico.*—MANUAL DE LA DUEÑA DE CASA, por *Emmeline Raymond.*—FOLLETÍN.—EL HOGAR DOMÉSTICO.—TODOS SANTOS, por *De Bertall.*—VARIEDADES: Preguntas sacadas del album del caballero de Boufflers; Problemas; Un verso latino; Anagrama; Soluciones á los problemas del número anterior.—BUZÓN DE "LA FAMILIA": Correspondencia, consultas y nota.—CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN.

NUESTROS GRABADOS

—*

UNA SESIÓN

DE LA COMISIÓN CONSERVADORA

El grabado que adorna nuestra primera página representa una escena de mucha actualidad: La reunión de la

Comisión Conservadora en la Sala de sesiones del honorable Senado. Nos ha parecido que sería grato á nuestros lectores, especialmente á aquellos que no conocen la capital, el poseer un cuadro exacto del aspecto que ofrece el interior del Senado durante la importantísima discusión que allí se desarrolla.

MEYERBEER

Reproducimos en este número la fisonomía del genio musical más completo de este siglo: Meyerbeer. Muchas óperas se han escrito desde que el gran compositor enmudeció. Muchos novelos maestros han ido á beber la grandiosidad del lirismo, la sublime inspiración del arte en las páginas que Meyerbeer legó á los siglos; pero no ha nacido aun el que ha de escribir otros *Hugonotes*, y la obra que merezca figurar al lado de *Roberto el Diablo* no ha germinado todavía en ningún espíritu humano.

CONSTRUCCION DE UNA CASA

En nuestra sección de Variedades damos los planos y la descripción de una bonita casa que se puede construir á poco costo. Nuestro corresponsal en Nueva York, á quien debemos esa interesante novedad, ha puesto en inglés, en los planos, la designación de las habitaciones. Como no podemos modificar el grabado, lo damos á luz tal cual nos ha sido remitido. En obsequio de los lectores de *La Familia* que ignoran el inglés traducimos á continuación las palabras que acompañan á los diseños.

PISO BAJO

Porch, pórtico. *Reception room*, antecámara. *Sitting room*, salón. *Dining room*, comedor. *Kitchen*, cocina. *Pantry*, despensa. *China*, cuarto para la loza. *Cellar*, bodega.

PRIMER PISO (ALTO)

Chamber, cuarto. *Bed room*, dormitorio. *Bath*, baño. *Servants room*, pieza de sirvientes. *Hall*, galería.

CARTA PARISIENSE

De regreso.—Recuerdo de Trouville.—Lo que es un pueblo de baños.—El Casino.—Una muchedumbre abigarrada.—Lo que cuesta comer.—El baño antiguo y el moderno.—La playa de nuevo sistema.—Los mendigos.—Vamos a Suiza.—El Righi-Kulm.—Guillermo Tell.—Util enseñanza.—*Semper moda.*—De cómo se lleva el luto: disertación trascendental.—Modas de otoño.—Los sombreros.—El vestido.—El corpiño nuevo.—Chaquetas y vestones.—Dos trajes.—Traje-cito para niño.

París, 22 de septiembre de 1890.

SEÑORA DIRECTORA DE "LA FAMILIA"

Querida amiga:

Todavía cubierta de polvo y aturdida

poco gracioso. Las caderas serán adornadas con recogidos; ya se las adorna con tul, encaje ó gasa.

Los corpiños más nuevos llevan vuelos en hombreras; pero las personas de cierta corpulencia deben evitar ese modelo. Mucho se usará el corpiño corto completado por una camisita subida: con todos los géneros se puede hacer esta última, y aun, en el corpiño de lana de fantasía, conviene el terciopelo para la camisita y las mangas.

Los corpiños *drapés* en pañoleta, lo mismo que los que tienen la delantera *princesa* cruzada, se hacen para traje de ciudad lo mismo que para los trajes de recepción.

La chaqueta, el vestón, y todos sus derivados han adquirido derecho de permanencia. Te citaré un saquito de vicuña de color yerba claro. Es de medio largo, cruzado por delante, con dos hileras de botones de oro, cuello rebajado, de forma inglesa. Está medio ajustado por detrás, con faldoncillos. Las mangas derechas, anchas, un poco levantadas en el hombro, terminan en una botamanga tableada, de 15 centímetros de altura. Como único adorno, una gavilla bordada, de oro, en las mangas, en los ángulos del cuello y en los bolsillos.

* *

También he visto en preparación un corpiño-chaqueta, de acolchonado de seda, con mangas de terciopelo, y una chaqueta de paño color yerba, bordada con galón fino de seda negra.

Dos trajes de gusto:

Traje de visita.—De surah doble, plomo y rosado antiguo; pollera de surah tableada sobre los lados y levantada sobre las caderas para formar recogido. La delantera de la pollera está cubierta por un delantal de pasamanería plomo. Corpiño tableado, cruzado, hecho de surah por delante, de terciopelo por detrás. Mangas ligeramente *bouffantes*, del mismo terciopelo. Cuello *plastron* de pasamanería plomo. Cintura en punta, y adornos para las caderas de la misma pasamanería; charreteras de pasamanería rosado antiguo.

Traje de recepción ó de comida.—De crespón de China, color paja y de tul negro, con aplicaciones de cordón fino de seda negra y de terciopelo negro.

El vestido *princesa*, hecho de crespón de China, se abre al lado izquierdo, desde el talle hasta el borde inferior, sobre un triángulo de tul negro, con aplicaciones de terciopelo negro y de cordón fino de seda negra. Sobre cada lado de esta abertura hay una ancha pasamanería negra. El corpiño está *drapé* por delante y se cierra en el hombro izquierdo. Su contorno está adornado de un bordado de la misma pasamanería. Mangas muy ajustadas de pasamanería negra, con botamangas de crespón de China, un poco *bouffantes*, adornadas de pasamanería.

Concluiré, amiga mía, indicándote un bonito traje para niño: pantalón de lana azul marino y blusa de brin blanco. No hay nada más práctico para el verano.

Con mil recuerdos, cierra esta carta, tu fiel amiga

AMBROSINA C.

EL CARDÓ Y LA ROSA

FÁBULA

—¡Pobre flor, á quien no dejan las gentes vivir en paz!
le dijo el Cardó á la Rosa
con afectada piedad.

Te troncha el enamorado
para darte á su beldad;
y la mujer que desea,
con tu gala, lucir más.

Te troncha la mano pía
para llevarte al altar;
y aún á la tumba te llevan
como adorno funeral...

¡Pobre flor, te compadezco;
no puedes vivir en paz!
La Rosa contestó sólo:
—¿Es envidia ó caridad?

BELISARIO GUZMÁN CAMPOS

Santiago, septiembre de 1890.

HISTORIA NATURAL

EL ÁRBOL DE LA GOMA

Por su forma elegante y su follaje delicado y gracioso, el árbol que produce la goma arábica, tan buscada en el comercio, se parece á la acacia; es menos grande que ésta, pero conserva todo el año su incomparable verdor.

La bonita flor del gomero, especie de campanilla liviana, encierra un pistilo rodeado de redécitas, y un ovario que contiene la semilla. Verde al nacer, el fruto que á esta flor sucede, toma, á medida que va madurando, un hermoso tinte de hoja marchita.

La cosecha de la goma se hace dos veces al año. Las frutas sabrosas recién cogidas, se parten en dos mitades como los albaricoques, y su carne, tierna, jugosa, exquisita, tiene el mismo gusto que la de aquéllos.

Los árabes y los negros del Senegal se alimentan con el fruto del gomero, el más sano tal vez que se conozca. En efecto, es una comida refrescante, dulce, pectoral. Es al mismo tiempo un alimento, un remedio, una golosina. El árbol de la goma merece ser clasificado en primera fila entre los árboles terapéuticos: es un facultativo eminente, especialista en dolencias del pecho, y el viejo Esculapio podría decirnos cuántas toses, resfriados, bronquitis y catarros ha venido á aliviar ese hijo de los trópicos, á nuestro cielo brumoso y tísico, iluminado por un sol macilento.

El gomero es un árbol que lleva diplomas en cada una de sus ramas, y cuya clientela abarca el mundo. Claro está que la poesía árabe ha grabado leyendas en la corteza de este vegetal bienhechor: así, se refiere que la hermosa Maïra, hija del sultán Taïko, se moría en la primavera de su edad.

Una tos cruel, constante, implacable le rasgaba el pecho, y llenaba de lágrimas sus grandes ojos negros, dulces como los de la gacela. Los plátanos más frescos, más fragantes y dorados, los higos más exquisitos, los dátiles más sabrosos no conseguían calmar sus sufrimientos. Maïra se moría.

Un día se durmió á la sombra de las palmeras de sus jardines, y mientras sus esclavas velaban su sueño con dolorosa ansiedad, la hermosa niña tosía, cerrados los párpados, pálidas las mejillas, con esa tos breve y seca, que repercute como una sentencia de muerte.

Dios oyó la tos cruel, y se compadeció de la joven enferma. Al despertar, Maïra vió á sus pies un árbol lindísimo, que había crecido ahí de repente, cargado de hojas y de frutos.

Era el árbol de la goma. La niña comió los frutos y la goma arábica la sanó.

Me atrevo á creer que el estado de Maïra no era desesperado, y confieso que no he encontrado esta leyenda en un libro de medicina.

En la vecindad del gomero, que, mediante la civilización, ha invadido con sus raíces todas las farmacias del orbe, crece una planta, célebre también pero de propiedades muy distintas. Es el *bengh* de los Arabes, que en esos países reemplaza al opio.

Si debemos creer á los indígenas del Senegal, esa planta no sólo produce la embriaguez, sino también deliciosos sueños, encantadoras ilusiones, visiones de oro, en que la imaginación, arrullada por inefables fantasías, maravillosos caprichos, entra dulcemente en posesión de bienes desconocidos y alegrías incomparables.

Los indígenas forman del *bengh* pe-

queñas bolas del tamaño de una avellana, y una de ellas basta para arrastrar á su espíritu, hambriento de ideal, á las regiones imaginarias y vaporosas de un cielo de deleites y de misterios.

Una sola de esas bolitas arranca la imaginación de este valle de inquietudes y de lágrimas, de miserias y de desengaños, para llevarla milagrosamente á una esfera bendita de celestiales visiones y de goces indescriptibles...

Y ahora ¿qué pensáis del pobre gomero farmacéutico que cabe en una vulgar pastilla, y cura los resfriados?

Pues bien, ¡no! No debemos buscar la felicidad aquí en la tierra, en la embriaguez fugitiva que da un fruto venenoso; la naturaleza se opone á ello y Dios no lo quiere. Debemos buscarla por medio del sufrimiento y del trabajo, la paciencia y la resignación, el bien, la conciencia, la plegaria.

Nadie intentaría impunemente sustraerse, por medio de miserables artificios, á las leyes supremas y divinas que rigen á las almas y doblegan las frentes.

Con el *bengh* maldito, se tiene, después del desvarío, la pesadilla atroz; después de la fugaz ilusión de una dicha quimérica, la implacable realidad de horribles dolores é insoportables tormentos.

Obrando con extraordinaria energía sobre los órganos sobreexcitados, el *bengh* los debilita, los gasta, los destruye, y produce accidentes desastrosos, que casi siempre conducen á la muerte.

El árbol de la goma y el *bengh* fatal; el árbol del bien, al lado del árbol maligno; ¡la muerte al lado de la vida!

FULBERT-DUMONTEIL

CARTAS JAPONESAS

CARTA SEXTA

Gran Cordón de mi alma, querido hermano y marqués:

Inmenso ha sido mi gozo al recibir tu reciente comunicación. Ella ha venido á sacarme de dudas, á tranquilizar mi espíritu inquieto, á anunciarme la grata nueva de hallarse todos los míos disfrutando de cabal salud.

Gracias á Dios, también estoy yo bueno, circunstancia que me permite proseguir sin interrupción mis estudios y observaciones acerca del país que habito, y al que amo tanto más cuanto que voy conociéndolo mejor.

Á medida que voy penetrando más adentro en los múltiples rodajes de esta comunidad, más y más me convengo de que hay aquí materia prima con que constituir, mediante no grandes, pero sí prudentes esfuerzos, y en el transcurso de breves años, una nación ejemplar bajo cualquier punto de vista.

Hay en el corazón de las masas inteligentes y regularmente instruídas, una sed de progreso, un anhelo de engrandecimiento, un espíritu de asimilación tan preponderante, que sin ser profeta, puede uno augurar á esta monarquía, al considerar esos factores, un porvenir extraordinario y luminoso.

Por desgracia, en este hermoso país existen jérmenes destructores, que contrarrestan de una manera lamentable las generosas aspiraciones y desesperadas tentativas de la fuerza individual.

Hasta ahora había sido para mí un misterio ese desastroso contraste que ofrecen, por un lado, la potenciaproductora del suelo y el alto nivel intelectual de los indígenas, y, por el otro, un desbarajuste tan completo en la hacienda pública, que el poder de cambio de la moneda nacional equivale escasamente á la mitad del que tiene el medio circulante en el más infeliz de los países europeos.

Sabes que siempre fuí afecto á las investigaciones económicas, que han ocupado una buena parte de mi vida. Un

fenómeno tan singular debía necesariamente aguzar mi espíritu de observación, y conducirme al conocimiento de las verdaderas causas que lo provocan.

* *

Al empezar mis estudios, me hallaba en presencia de un país nuevo, rico nó para la codicia indolente, sino para el trabajo ímprobo é infatigable, dotado del mejor de los climas, de una población tranquila y paciente, á la par que enérgica, emprendedora y valerosa, y, por último, de instituciones de primer orden, que le envidiaría cualquier estado del Universo. Y veía en ese país un malestar incomprensible, que hería tanto á la riqueza pública como á la privada; una incertidumbre mortal en los negocios, la desconfianza ahí donde suelen reinar el crédito y la fe, y un sentimiento general de descontento, de fastidio, un deseo ardiente de sacudir de encima de los hombros esa atmósfera abrumadora que á todos oprimía.

Es verdad que un reducido grupo de personas, totalmente desautorizadas, se empeñaba en hacer creer al pueblo, por medio de sus raros órganos de publicidad, que el país atravesaba un período de prosperidad asombrosa, que las cosas marchaban admirablemente en el mejor de los mundos imaginables. Pero el pueblo empezaba á abrir los ojos. Ya te he referido en una carta anterior, cómo habían resonado en el recinto del parlamento revelaciones estupendas que habían obligado á los ciudadanos, por el propio espíritu de conservación, á preocuparse de la cosa pública.

Y mientras más abría los ojos el pueblo, más iba viendo que la supuesta prosperidad era una burla cruel: el hombre de trabajo, el empleado público, el artesano, el obrero, el peón sabían sobradamente lo que les costaba el pan: el doble de su valor efectivo; y sabían también lo que su sudor les reportaba: la mitad de lo que reporta en cualquiera tierra. Una corriente de inmigración forzada traía efectos contraproducentes: en vez de abaratar el jornal, lo encarecía; en vez de perfeccionar la obra, la echaba á perder; en vez de difundir hábitos de educación, moralidad y ahorro, fomentaba los vicios y los crímenes; en vez de propagar costumbres de higiene y limpieza, introducía al país enfermedades ignoradas. Gente de afuera, desconocida, iba invadiendo el territorio sin que nadie se diese cuenta del objeto que aquí la traía; entretanto, el descuido de las condiciones más elementales de la salubridad pública, condenaba á muerte á un número aterrador de niños indígenas, que podían haberse conservado para la patria, gastando en obsequio suyo una débil fracción de lo que costaban á los contribuyentes esos cargamentos de carne extranjera.

Sin embargo, se levantaban escuelas públicas en infinitos puntos, obras sólidas, macizas, de mucha duración; se tendían líneas férreas á derecha é izquierda; se construían puentes colosales, piezas maestras de ingeniería: lo material y tangible respiraba prosperidad y grandeza por todos los poros. Y entonces ¿de dónde venía ese malestar? ¿Á qué atribuir la miseria del pueblo, cuando el dinero parecía correr á torrentes?

Te confieso, querido Tché, que toda mi ciencia se sentía incapaz de resolver el problema. Los principios universalmente aceptados de la economía política no tenían aplicación posible en el caso que á mi apreciación se presentaba. Todo, en éste, era inconsecuente, contradictorio, absurdo.

¿Cabría en mente humana comprender que un pueblo de tres millones de habitantes, que puede arrojar á la calle treinta millones de pesos para obras de lujo, estuviese en su propia casa muriéndose de hambre? La expresión es un poco fuerte, si se te antoja, pero mucho me temo que mañana ó pasado sea espantosamente cierta.

Pues, tal era el caso. Treinta millones comprometidos en obras de lujo.

Consulté sobre el particular á un diputado.

—Tendrán ustedes, le dije, acumuladas muchas reservas en el tesoro, para aventurar así tan gruesa suma.

—No sólo no tenemos reservas, me contestó, sino que esos treinta millones comprenden todos los ahorros pacientemente amontonados por las administraciones pasadas, todo el excedente de las futuras entradas aduaneras durante tres años consecutivos, y todo el producto de un empréstito especial contratado en Europa.

—Me atrevo á observar, repliqué yo, que el Congreso no ha dado prueba, con semejante paso, de la prudencia habitual que le caracteriza.

Exaltóse extraordinariamente mi interlocutor y exclamó casi con rabia:

—¡El Congreso! ¡el Congreso! No eche usted la culpa al Congreso de lo que no es sino una criminal calaverada del Poder Ejecutivo. El Congreso pone en manos del Presidente de la República los fondos necesarios para los servicios de la nación, las cantidades adecuadas para construir templos, escuelas, ferrocarriles, los que sean necesarios, recomendándole una inversión sabia, prudente, moderada. ¿Y en qué convierte el jefe del Estado nuestra confianza? En despilfarro y en abuso. Nuestro pecado no consiste en destinar dinero á la ejecución de obras nacionales, sino en poner ese dinero en manos malas. Ya empezamos á ver lo que eso nos cuesta. ¿Y sabe Dios las sorpresas que nos reserva el porvenir!

—Pero señor, aventuré ¿por qué no retiran ustedes su confianza al Gobierno?

—Téngalo por muy seguro, señor conde, que lo haremos en la primera oportunidad. Vamos á formar contra el Ejecutivo un proceso que ha de repercutir *urbi et orbi*. Si hemos vacilado hasta ahora ha sido para mantener intacta nuestra antigua reputación de honradez administrativa, reputación que sirve de base á nuestro crédito exterior. Pero hoy estamos convencidos de que más vale ver disminuir nuestro crédito extranjero, calamidad pasajera y remediable, que aguardar impasibles el fatal momento en que todo se desquicie y derrumbe: la tranquilidad pública, el orden constitucional, la fortuna común y el prestigio hasta hoy inatacable de este querido país. Tenemos un ejemplo demasiado cercano de los desastres que acarrea el desgobierno, para no apercibir nuestras armas y ponernos en guardia sin demora.

Me manifesté muy interesado en el buen éxito de la tentativa que iba á emprender al Congreso con el fin de enmendar el torcido rumbo de los negocios, y mi interlocutor pareció satisfecho de mi interés.

—Si quiere usted honrarme, señor Tchí, me dijo al terminar, viniendo á comer conmigo el día que usted fije, le mostraré algunos documentos importantes relativos al gran proceso.

No me arrepiento de haber accedido á tan amable invitación: por medio de ésta mi cartera de apuntes se ha enriquecido con inestimables documentos.

Llámase mi anfitrión don Silverio Benavente Pineda, y es uno de los miembros más encopetados del partido conservador chileno.

La conversación que tuve con él después de comida fué amenísima, á la vez que instructiva y transcendental. En efecto, charlando como dos buenos amigos, discurremos tranquilamente sobre los asuntos más graves que puedan afectar al porvenir de una nación civilizada. Siento no poder reproducir aquí las palabras textuales del distinguido diputado, que es al mismo tiempo un orador de nota, y uno de los espíritus más sobresalientes del país. Pero me es permitido resumir sus apreciaciones, que he visto plenamente confirmadas después por individuos respetables de distintos grupos políticos, y que arrojan viva luz sobre el intrincado problema económico que es para mí el actual estado rentístico de la noble monarquía chilena.

Después de exponerme las relaciones cordiales que siempre habían reinado hasta hoy, aun en las circunstancias más tirantes y difíciles, entre el Congreso y el Presidente de la República, cordialidad que había traído por fruto la paz interna, el incremento de la industria y el comercio, el desarrollo de las artes y de las letras, el ahorro de muchos millones en arcas fiscales, don Silverio me hizo una interesante descripción de la actitud benévola y conciliadora que su partido había observado constantemente en presencia de los actos del Ejecutivo.

—No se puede usted imaginar, señor Tchí, me decía, los ingentes sacrificios que hemos debido realizar para no dejar en descubierto, en una situación crítica y desesperada al actual Presidente de la República. Nuestra acción parlamentaria puede decirse que ha consistido en sacar de apuros, á cada momento, al Jefe supremo de la Nación. Cuando, acosado por el cumplimiento de contratos ilegales, ha puesto mano imprudente en la inviolable caja de fondos del país, le hemos dado generosamente un voto de indemnidad, para cohonestar el gasto. Cuando, ciervo tenazmente perseguido por hambrienta jauría de perros, se ha visto de repente agredido por incalificables reclamaciones europeas, no hemos vacilado en inmolar parte no despreciable de la riqueza pública, á trueque de devolverle el perdido sueño y la quietud perdida. Cuando, por culpa suya, por la mala elección de sus agentes en el extranjero, por propia incapacidad para precaver y evitar el daño, ha envuelto al país en injustas responsabilidades y extraños compromisos, sigilosamente, secretamente, hemos entregado, para evitar que él rodara al abismo, bienes nacionales al reclamante europeo. ¡Qué! hasta la honra nacional, que debíamos defender con nuestra sangre, la hemos puesto bajo una luz dudosa, en más de una ocasión, para salvar la dignidad del gobierno. ¡Y esto lo ignora el país! ¡Y hay pobres diablos que se imaginan tener una administración perfecta porque ven surgir aquí y allá un edificio, un puente, una línea férrea! ¡Nosotros diremos al pueblo cuántos mares de sudor le cuestan esas obras; nosotros, que tenemos derecho de decirlo, puesto que nuestros sacrificios han sido estériles!

—¿Y cómo se explica usted, don Silverio, que un hombre tan inteligente, tan amable, de antecedentes tan nobles, conduzca al país á su ruina? Es algo para mí incomprensible.

—¡Ay amigo! las alturas del poder son peligrosas para las almas mal templadas, y el vértigo del orgullo se apodera de ellas. El Presidente de la República encuentra poco, para su ambición, considerarse el primer hombre de Chile; quiere ser más, quiere igualarse á Dios mismo. Dios dijo: *Fiat lux*, y la luz fué. La sacó de la nada. Nuestro Presidente (ó rey, como usted lo designa), quiso tener un candidato á su sucesión. Como Dios la luz, él sacó á un hombre de la nada, diciendo: *Fiat candidatus meus*, y el candidato fué. Y al triunfo de esa candidatura se han sacrificado todas las fuerzas vivas del país; se han multiplicado los empleos inútiles, los contratos tenebrosos, los desmanes administrativos, las ilegalidades de todo género. Vea usted, señor Tchí, este plan. Es el de una cárcel para uno de los departamentos del sur. El edificio valdrá cien mil pesos. Hubo propuestas por dicha suma. Un instrumento electoral del Presidente obtuvo la preferencia y celebró el contrato por doscientos mil. Esta no es la excepción, es la regla; tenemos pruebas indiscutibles. Note usted esto: cuando un ciudadano independiente es preferido en una propuesta, téngalo por seguro de que hay dinero que perder en el negocio. Pero eso no es nada comparado con la empresa de los nuevos ferrocarriles. No hay en todo el negociado una sola cosa buena; por cualquier lado que se le examine no ofrece sino torpezas, ilegalidades y dilapidaciones, desorganización en las tareas, mala eje-

cución en las obras, incalculables derroches en los gastos, ninguna seguridad ni garantía; nos vamos á ver mañana con treinta millones menos en los bolsillos y con líneas férreas que, en su mayor parte, sabrá Dios para qué sirven, cuyo valor equivaldrá á la mitad ó cuarta parte de lo que en ellas se ha invertido. Y al mismo tiempo quedarán por ejecutarse, ó terminarse, otras líneas de verdadero interés, que la presente piramidal y descabellada empresa ha legado al olvido.

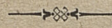
Me preguntaba usted, señor Tchí, por qué está la industria abatida, la moneda depreciada, el rico pobre, el pobre en la miseria; por qué el país, por medio de sus representantes, á quienes estimula y aplaude, se levanta compacto y formidable contra sus opresores... ¡A esta hora ya lo sabe!

Tarde en la noche me retiré de casa del señor Benavente Pineda, muy complacido de su amabilidad y franqueza, y agradecido hacia él por los importantes datos que había suministrado á mi curiosidad de viajero.

Actualmente prosigo con tesón en mis estudios económicos, y si no temiera molestarle, agregaría un capítulo más á mi carta. Prefiero reservar me para la próxima.

Entretanto, te abraza cordialmente tu afectísimo

CONDE TCHÍ



CANTARES

Dos cosas hay en la vida que dan al alma la muerte; la mujer que nos engaña y el amigo que nos vende.

* *

Los angelitos son rubios, los querubines son morenos; que me traigan un querube aunque me abrase en su fuego.

* *

Si el alma se halla en los ojos, y los ojos son luceros, quien logre tener los tuyos, tendrá en posesión el cielo.

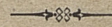
* *

Ayer vi que iba una estrella, corriendo de otras en pos; y dije, viendo su prisa: "¡Hasta en el cielo hay amor!"

* *

Por una horita de dicha hay quien ofrece diez años; pero en pasando la hora, quiere recoger lo dado.

M. REINANTE HIDALGO



PROCEDIMIENTOS ÚTILES

PARA BLANQUEAR LAS ESPONJAS

Un procedimiento infalible y aséptico para limpiar radicalmente y blanquear las esponjas, es el que á continuación aconsejo:

Se empieza por quitar la grasa á las esponjas, sumergiéndolas en una solución de amoníaco al cinco por ciento, y lavándolas después con agua clara.

En segundo lugar, se les pone en una solución de permanganato de potasa al dos por ciento, hasta que estén completamente pardas. Lávaselas enseguida con agua pura.

En tercer lugar, se las sumerge en una solución de hiposulfito de soda al diez por ciento, que se adiciona con una dosis de ácido clorhídrico suficiente para poner el agua muy lechosa.

Por último, cuando las esponjas se han vuelto perfectamente blancas, se las lava en agua pura hasta despojarlas del resto de azufre que puedan conservar. El aire húmedo convertiría ese azufre en

ácido sulfúrico que destruiría las esponjas.

Por el método que indico, se obtienen esponjas absolutamente limpias, y desprovistas de todo germen maléfico.

Lo recomiendo, no solamente á las dueñas de casa sino también á los médicos, farmacéuticos y practicantes de los hospitales, pues las esponjas así preparadas son enteramente asépticas.

PARA DESTRUIR EL GUSANO BLANCO

Hasta aquí no había sido posible encontrar un medio de destruir el gusano blanco, tan pernicioso á las almácigas de plantas y árboles jóvenes. Un amigo del sur me comunica que ha obtenido un resultado espléndido, empleando, para aniquilar aquel gusano, la bencina que se saca de los gasómetros. El gusano blanco se establece en capas horizontales más ó menos profundas, según la temperatura. Reconocida la profundidad de la capa, se inyecta la bencina sobre ella: á las pocas horas todo bicho ha muerto. Mas, si una inyección no bastase, habría que repetirla. Conviene advertir que la bencina no ataca las raíces de las plantas, por delicadas que sean.

FOTOTIPIA SOBRE VIDRIO

Un suscriptor de LA FAMILIA pregunta cómo se transportan al vidrio plano esas imágenes litográficas ó fototípicas que se ven en las fotografías de Santiago.

No sé cuál sea el procedimiento que empleen los fotógrafos santiaguinos, pues son varios los que la ciencia conoce.

A mi modo de ver, remitiéndome á las pruebas que he examinado, el mejor de todos es el que paso á describir.

Para imprimir la fototipia (ó litografía en su caso) se adopta una tinta compuesta así: jabón, 50 gramos; glicerina, 200; sebo, 50; agua, 100; bórax, 25; spath flour, 50; negro de humo, 15. Con esta tinta se saca una prueba que se aplica sobre el vidrio adecuado. Pónelese á éste un borde de cera y échase encima, hasta cubrirlo enteramente ácido sulfúrico concentrado á 64 ó 65 grados Beaumé. Quince ó veinte minutos después, se quita el ácido; se coloca la plancha bajo un chorro de agua; se la limpia con una solución de potasa; se la vuelve á lavar con agua pura, y se la seca con un trapo de hilo. Obtínesese así una bonita impresión.

COLORACIÓN DEL COBRE Y DEL NIQUEL

He sido con frecuencia testigo de la admiración con que las niñas, inteligentes, es claro, observan los mil diversos productos que la industria procura á la especulación favorita de aquellas: la moda. Cuántas veces no me han preguntado: ¿Cómo se hacen los abalorios, las cuentas, los botones? ¿cómo se les da ese brillante y variado colorido?

La química, señoritas, la química, que es el más poderoso auxiliar de la industria, realiza esos prodigios.

¿Queréis saber cómo se dan á los botones que adornan vuestro elegante vestido, esos espléndidos matices que aspiran á igualar al vívido resplandor de las piedras preciosas?

Escuchad.

La mayor parte de los botones para trajes femeninos, se hacen de cobre ó metal niquelado. Por medio de la preparación siguiente, se obtienen, en el cobre, once, y en el níquel, ocho coloraciones distintas. Tómanse 20 gramos de acetato de plomo, y 60 gramos de hiposulfito de soda, y disuélvense estos productos, para formar un baño, en un litro de agua. Se calienta hasta que hierve y se introducen en el baño las piezas de cobre ó niqueladas que se desea teñir, después de haberlas limpiado minuciosamente. Se obtiene primero un color gris, que pasa, continuando la inmersión, al morado, pardo, rojo, etc., etc., hasta llegar al azul, que es el último matiz. Se necesita, naturalmente, cierta